

Dios ha sido creada tanto la materia de la cual son hechas, como la causa eficiente que las hace; sino en un sentido por completo especial, en cuanto no pudiendo la misma alma provenir de materia antecedente por la virtud transformadora de un sér que preexista, de la nada es puesta en su propio sér por acción inmediata de Dios». Lo que empieza á existir en cuanto á *toda* su esencia y substancia, *de novo*, empieza á existir por acto creador; no pudiendo comenzar su existencia de otro modo las substancias simples y espirituales, y siendo substancia de esta naturaleza el alma racional, si existe, por acto creador existe; es así que sólo Dios es causa creadora; luego al acto creador debe su origen el alma del hombre. *Cum ergo anima humana de novo esse incipiat; relinquatur (quia nec per se, nec per accidens generatur, como demostrado queda,) quod exeat in esse per creationem*, concluye el Angel de las Escuelas.

Finalmente; siendo el Evolucionismo el sistema que con mayor aparato científico y más peregrinas hipótesis representa en nuestros días la negación de la creación en general y de las creaciones especiales, es de autoridad indubitable la siguiente conclusión, formulada por Cochín tras un profundo examen de los pretextos y de las ficciones evolucionistas, juzgadas á la luz de las teorías y de los hechos, realmente científicos: «no sabemos concebir la evolución del mundo moral sin la creación de una alma inteligente y sensible..... al criar Dios las almas, les ha dado

una ley moral: ley idónea para asegurar nuestra ventura, ley evidente para la razón, pero ante la cual nuestra voluntad es libre para someterse ó rebelarse.

Luego concebimos tres modos distintos; y si se nos pregunta si creemos en la creación especial, respondemos: para nosotros es imposible no señalar tres orígenes diferentes á la materia, á la vida, al alma, porque no concebimos ni cómo la materia procede de la nada, ni cómo la vida procede de la materia, ni cómo el alma y el pensamiento proceden de la vida».

El alma humana y el Materialismo. Frente á la afirmación de un principio diferencial de los seres cósmicos, el alma ó principio vital, realmente específico de la naturaleza viviente; á la afirmación del alma racional como verdadera causa de la vida y pensamiento humanos, inteligente y libre, substancia simple y espiritual; afirmaciones mantenidas por el Espiritualismo en todo sentido ortodoxo, porque sus fundamentos conforman racionalmente con las infalibles verdades del Dogma Católico, al cual no debe menos la inteligencia que el corazón del hombre, con los evidentes principios de la Metafísica, y con los hechos, leyes y teorías de la verdadera Ciencia; existe el sistema que niega rotundamente, ó la niega desnaturalizándola, la existencia real del alma humana; existe el sistema desde la más remota antigüedad denominado Materialismo.

Sistema cuyos fáciles errores han restaurado modernamente, agravándolos con la negación de los principios metafísicos, con falsas interpretaciones de hechos, suposición de leyes, é invención de absurdas hipótesis, el Positivismo, el Evolucionismo transformista, el Monismo, que á la hora presente todo lo invaden, y amenazan sojuzgarlo todo. Pero como no podía menos de suceder, la doctrina materialista dirige sus más fieros ataques contra la esencia del alma racional; y los hechos psicológicos, cuya realidad nos conduce al conocimiento de las propiedades ó atributos que especifican dicha esencia, ó son negados en su naturaleza específica, ó son explicados contra su propio constitutivo, ó son reducidos á los elementos que exige la doctrina que se trata de imponer, conforme al espíritu y fines del sistema; á transformaciones mecánicas, mediante órganos, de impresiones mecánicamente producidas en y por la materia-fuerza, única realidad que el Materialismo reconoce.

Atribuyendo la vida á fortuitas combinaciones de la materia, esencialmente la misma para todos los seres, diferenciada en los vivos por una más compleja composición, cuya fórmula da la *química del carbono*, y reduciendo todas las manifestaciones vitales á procesos de la nutrición y división del trabajo celulares, con el *podér diferenciador* consiguiente, (¡?) sobran todos los principios vitales; *entes metafísicos*, que en la realidad no existen, y como hipótesis nada valen.

Aplicando al hombre la misma concepción de la vida, como un sér más de la serie zoológica, y reduciendo todas las operaciones de carácter racional á fenómenos sensitivos, toda sensibilidad á *movimiento mecánico*, toda naturaleza espiritual á la particular composición del cerebro, de las «células psíquicas porque son células cerebrales», átomos, que, dando y repitiendo la misma vibración, producen y reproducen el mismo movimiento, esto es, el mismo pensamiento, sobran el sujeto ó substancia pensante de los «psicólogos de oficio»; porque no hay otra realidad que el fenómeno; y la unidad y la identidad psicológicas, invocadas como testimonio de una alma subsistente, simple y espiritual, quedan suficientemente explicadas por tal modo del determinismo fenoménico.

Adoptando por vía de hipótesis argumentos, que, sobre no tener en realidad analogías con el fenómeno de cuya explicación se trata, como la síntesis química respecto de lo que llaman el *yo por síntesis mental*; y otorgando además, bien pronto, el valor de leyes y hechos científicos á tamañas hipótesis, contra la simplicidad del alma sientan la *composición* de lo que denominan *espíritu*, el *conjunto de vibraciones nerviosas*, según Taine; producto de la cohesión natural de estados más ó menos oscuros de conciencia por *coordinación*; porque *coordinación* es lo que la *unidad* significa, según lo quiere Ribot, porque así conviene á su doctrina sobre la unidad personal y consciente.

Reduciendo toda la causalidad específica, de la cual es testimonio evidente toda la vida humana, todo el verdadero dinamismo que el alma racional representa, según la sentimos en la realidad de nuestra propia conciencia, con la más positiva diferencia de los actos por sus objetos, y la más legítima y experimental inducción de sus causas próximas y de su principio fundamental, y la más clara evidencia de la necesidad de un sujeto con atributos por excelencia específicos, por la esencia misma de los hechos psicológicos, á la pura sucesión de fenómenos sin substancia, á la simple posibilidad de sensaciones, á propiedad de los órganos ó de sus elementos celulares; pónese así bajo la absoluta dependencia del organismo las funciones características del alma, revelación de nuestra fuerza personalísima, de una substancia simple y espiritual.

Rechazando por tales premisas todas las esencias, todas las substancias y todas las causas, bien se comprende que no admita el Positivismo otra alma que la materia-fuerza.

Todo principio vital será anticuada ficción de la Teología y de la Metafísica; el alma espiritual, visión anticientífica, fatal herencia de generaciones escolásticas y clericales; el alma, espíritu inmortal, para unos inútil egoísmo de epicúreas esperanzas, para otros el postrer esfuerzo de los esclavos del Dogma, enemigos del Progreso, de la Civilización y de la Ciencia, y para toda razón ilustrada un anacronismo,

disculpable por iguales motivos que los Cuentos de Hadas.

El alma, principio específico de la vida, no existe; y el alma, vida y pensamiento, substancia-*causa* inteligente y libre, simple y espiritual por esencia, creada por acto inmediato de Dios para formar la naturaleza humana por su unión substancial con el cuerpo, constituyendo así la unidad de naturaleza y persona, la substancia completa y perfecta del hombre, es un puro *ente metafísico* sin realidad positiva y sin verdad científica; así lo afirma, á través de lucubraciones más ó menos abstractas, mecánico-fisiológicas, el Materialismo contemporáneo, remozado por todos los expedientes y recursos de la Filosofía positivista; la cual por sus fundamentos y por sus fines merece el nombre de *ateísmo*, y por el ropaje con que reviste sus negaciones el dictado de *científico*, aunque con verdadera antífrasis.

Para notado es que el acierto con que la Psicología señala los hechos manifestación de las propiedades anímicas, y la operación específica independiente de la materia como argumento de la espiritualidad y manifestación de una realidad subsistente y simple, es confirmado, de una manera indirecta, por las mismas hipótesis del Materialismo, y por la misma facultad, que forma el objeto constante de sus erróneas interpretaciones.

La ciencia psicológica, respetando la existencia natural de los seres, considera que así como

el orden real de los hechos acusa la existencia real de las causas, así también la positiva naturaleza de cada orden de fenómenos acusa la naturaleza diferencial de las respectivas sustancias; siendo toda otra doctrina hipótesis absurda en sí misma, y contradictoria con los mismos hechos de cuya explicación se trata. La razón científica, fundándose sobre el acto y el objeto, testimonio de una naturaleza realmente específica, de la actividad racional, irreductible á pura sensación, á puro movimiento orgánico ó secreción del organismo, á simple movimiento mecánico, como nos demostró el análisis de los fenómenos psicológicos con la realidad de los mismos; fundándose en la positiva independencia del pensamiento, respecto de la materia, demostraba la independencia de su facultad, la independencia en el ser de su sujeto, la naturaleza substancial, simple, espiritual del mismo, todos los atributos que definen la existencia y naturaleza del alma racional, en sí misma considerada.

Ahora bien: los antecedentes de origen positivista, la viciosa interpretación de los hechos, las inducciones ilegítimas, las teorías y leyes supuestas, la trama entera del Materialismo, tienen un mismo objeto, y dirigen toda su obcecada inventiva á reducir la actividad intelectual á movimiento de la materia, propiedad orgánica de la nerviosa, ó función *per se* del cerebro.

A este punto cardinal podemos decir que se reducen, y se han reducido siempre, las doctri-

nas materialistas, cuyas negaciones son implícito reconocimiento de los mismos hechos y principios que con su legítima significación sirven á la Ciencia para conocer y demostrar el alma humana. Entre el Materialismo antiguo, el del siglo XVIII y el de los tiempos presentes el objeto esencial es el mismo, la negación del alma espiritual; el lazo idéntico, la afirmación de la materia como único sér; las diferencias nacen de las que informan al Positivismo, de cuyos jugos, hipótesis y tendencias vive hoy aquel sistema.

Y bien: el pensamiento, la actividad específica del alma humana, es una secreción ó cualidad de la materia nerviosa?

El espíritu es el producto de las vibraciones cerebrales?

La unidad é identidad psicológicas, que arguyen la realidad permanente, substantiva de su principio, y la unidad indivisible del acto intelectual, que arguye la simplicidad de su sujeto, y la independencia y naturaleza inorgánica de dicha operación, que arguye la espiritualidad del alma subsistente, son, pueden ser, la resultante de la supuesta comunicación de los movimientos cerebrales, que repiten el pensamiento, y dan la unidad é identidad, al repetir la vibración?

No es el alma otra cosa que el cuerpo mismo, porque el pensamiento se produce en el cerebro, y piensa el cerebro porque sin cerebro no pensamos?

Demostrada la verdad de los principios meta-

físicos que prueban el error de las premisas que el Materialismo presupone; demostradas por los hechos psicológicos, y por su recta interpretación á la luz de principios evidentes, las tesis psicológicas, que expresando la naturaleza positiva del alma, de sus atributos, de sus facultades, y de sus operaciones, arguyen la falsedad de las aserciones materialistas; y demostrada la irreductibilidad de los fenómenos psicológicos fundamentales á movimiento ó cualidad de la materia inorgánica, orgánica, ú organizada, contestados quedan en el conjunto de la doctrina psicológica los pretextos y negaciones del Materialismo.

No obstante, como, si la Fisiología no, porque no hay ciencia contra ciencia, argumentos de caracter fisiológico son los empleados con tenaz aberración, que no quiere distinguir entre las *causas* y las *condiciones*, entre la *operación* y el *instrumento*, para reproducir las objeciones que Lucrecio formulaba hace ya veinte siglos, como advirtió Balmes, y reducir la vida psíquica á producto del organismo; opongamos al error cardinal del Materialismo una autoridad indiscutible, en nombre de la misma Fisiología.

Claudio Bernard lo ha dicho con texto no menos expresivo (1) que los en otro punto citados: «La materia, por sí misma, carece siempre de

(1) Rapport au Ministre de l' Instruction publique sur l' Exposition de 1867. Texto de Mgr. Turinaz en su excelente libro *L' Ame, Sa Spiritualité* & (1887).

toda espontaneidad, y nada engendra. No hace más que expresar por sus propiedades, la idea de aquel que ha creado la máquina que funciona. De modo que la materia organizada del cerebro, que manifiesta fenómenos de sensibilidad y de inteligencia propios del sér viviente, no tiene más conciencia de los fenómenos que manifiesta, que la materia bruta de una máquina inerte, de un reloj, por ejemplo, tiene de los movimientos que manifiesta ó de la hora que indica; que el conocimiento que los tipos de imprenta y el papel tienen de las ideas que reproducen. Decir que el cerebro segrega (ó produce) el pensamiento, valdría tanto como decir que el reloj segrega (ó produce) la hora ó la idea del tiempo..... No hay, pues, que creer que la materia es quien ha engendrado la ley de orden y de sucesión que da el sentido ó la relación de los fenómenos; esto sería caer en el grosero error de los materialistas».

El fundamento de tan grave juicio, inspirado á Bernard por su autoridad, universalmente acatada en la ciencia fisiológica, ha sido mantenido siempre por el verdadero espiritualismo, y presentado por nuestro Balmes en términos concluyentes: «Tal es el raciocinio de los materialistas: los órganos son necesarios para las funciones del alma, luego éstos y el alma son una misma cosa», ó no hay más alma que el organismo: «¿quién no ve la monstruosa confusión de ideas que hay en este sofisma?»

Existe el cerebro, existe la inteligencia, con su naturaleza específica por excelencia, y existen entre el pensamiento y el cerebro las relaciones que ya consignamos en el estudio de la inteligencia, irreductible como acto y como facultad á cualidad ó producto de la materia; luego existe un principio, causa adecuada de esta operación específica, que es el alma racional, dotada de los atributos que definen la realidad y expresan la naturaleza del alma misma.

CAPÍTULO XII

LA PERSONA HUMANA

Dualidad de principios. Planteado en el capítulo precedente el problema del alma en sus relaciones con el cuerpo, para determinar los elementos constitutivos de la naturaleza humana, la propia de la unión que los compone en verdadera unidad de persona, y la significación real del *yo*, encarnación de esta persona, su estudio completará el del objeto de la Psicología: principios constitutivos del hombre, naturaleza de su unión, y realidad del *yo* humano, como substancia compuesta y completa, que forman los tres puntos cardinales del referido problema.

Por lo que al primero importa, la Cosmología, con sus principios biológicos, y la Psicología y la Fisiología, con sus peculiares objetos, dan testimonio de la existencia positiva de dos realidades diferentes en el *sér vivo*; el principio de la